

Índice

Cuentos	11
Brasilia, fin de trayecto (donde Luis acaba en una playa).....	13
La virgen de Gambetta.....	41
El paraíso.....	53
La carta.....	57
El zagal de la Alhambra.....	61
Inch Ala.....	69
La mujer de rojo.....	71
Crónicas	79
El círculo mágico de Chester Himes.....	81
El tonto y el presumido.....	85
Las fotos muertas.....	89
Humphrey Bogart y el palestino.....	93
Juan Ramón Jiménez y María Montez.....	97
Julio Iglesias : se agotó el romanticismo.....	101
Los mil y un palestinos.....	105
Marilyn Monroe : la novia que todos quisimos.....	107
Para amar el amor.....	111
BB en busca del tiempo perdido.....	115
Canciones de nuestras vidas.....	119
Sinatra vs Rocky Stallone.....	123
Pastor Vega y las mentiras de los otros.....	127
Cine para excomulgar.....	133
Todos somos Emmanuelle.....	137
El amor de Ben Gazzara.....	141

Cuentos

Brasilia, fin de trayecto (donde Luis acaba en una playa)

La última función del cine Chaplin acababa de terminar en un desorbitado baño de sangre con perros no tan rabiosos como los humanos que le hacían embestirse hasta la muerte, en medio de dentelladas asesinas, por unas míseras apuestas. La calle estaba animadísima en esta noche de invierno tropical con calorcito a la sombra de las farolas. Taxis grandes y pequeños, pero todos paridos por Japón o Corea, esperaban tranquilamente al cliente, posiblemente como muchos años atrás lo hacían los coches de caballos a las puertas de la Opera de París. A los clásicos coches de alquiler se agregaban desde hacía poco una especie de motos con una cúpula casi futurista que parecían medias naranjas a punto de ser exprimidas y que alegraban la circulación algo complicada pese a la escasez de vehículos y a la carestía de la gasolina. Aquellos carricoches habían dado un tono surrealista a la capital del país más surrealista del mundo, el último reducto del marxismo en el Caribe y sus alrededores. Así era La Habana.

Frente al Chaplin, un supermercado modesto, donde en otros tiempos cualquier extranjero podía tomarse el clásico « buchito » de café cubano por diez céntimos de peso, en medio de la simpática curiosidad de las dependientas, siempre bonitas y sonrientes, se había transformado en un modernísimo bar que esperaba a los noctámbulos del cine. El querido buchito había sido reemplazado por bebidas más internacionales y de todo tipo a las que podían acompañar bocadillos que cualquier paladar caprichoso pudiese desear, pero ya no se pagaba en pesos sino en dólares. Una

de las últimas novedades de la Isla era la introducción abusiva del dólar como moneda oficiosa a la que había que rendir pleitesía si se quería tener acceso a cualquier cosa, desde un café con leche hasta unas latas de almejas importadas de España. A medida que esta dolarización encubierta se había extendido, en los supermercados habían aparecido productos que los cubanos ni imaginar podían con sus cartillas de racionamiento. Las contrapartida había sido esa presencia un poco insólita y abrumadora del signo monetario del país más odiado por los cubanos. Una carrera infernal para conseguir dólares que convertía a mucha gente en pedigüños sin causa.

Esta era una de las cosas que más deprimían a Luis desde que con sus cincuenta y cinco años cumplidos había regresado a Cuba como corresponsal de un diario belga. No era, ni mucho menos, la primera vez que viajaba hasta La Habana pero siempre había sido por cortas temporadas. Esta vez llevaba dos años como habanero adoptivo porque con los años encima se había convencido de que quizá todavía habría una salida para él, tal vez la solución a tantas interrogaciones que puntuaban toda su vida estuviesen en un rincón de La Habana, en cualquier parte de Cuba, agazapada con sus misterios pero quien sabe si también con la solución mágica. Deprimido, sin saber qué hacer, sin saber hacia dónde revolverse, había decidido en su fuero interno observar muy de cerca, y antes de que para él o para todos fuese demasiado tarde, esta experiencia que se estaba llevando a cabo desde hacía cuarenta años contra todos los vientos y todas las mareas que soplaban día y noche de los Estados Unidos. Fidel Castro no daba señales de querer ceder su cetro desde que hizo volar por el mundo el mito de la Revolución cubana que había enamorado a millones de personas.

A estas alturas ya era raro encontrar por la Rampa o en algún rincón del parque Copelia a alguno de aquellos jóvenes que con el entusiasmo de una vida mejor habían

venido a Cuba cuando se les dijo que la Revolución los necesitaba. Probablemente bebieron más ron que cortaron caña pero por muy poco que ayudaran con sus manos contribuyeron a asentar el mito de una vida diferente que un barbudo salido de un lugar llamado Sierra Maestra había implantado en el Caribe. Le encantaba imaginarse a más de uno de los turistas que a diario se tropezaba por las calles de la casi restaurada Habana vieja cuarenta años atrás, con mochila, ilusiones y fe en un mundo distinto, nuevo y más llevadero. El no había vivido aquellos tiempos y conocido sólo lo que de sufrimiento estaba teniendo el parto de tamaño mito. No conoció la época en que Cuba le dio con razón la espalda a Estados Unidos para aliarse con el campos socialista y especialmente con la Unión Soviética, con lo cual la austeridad había sido más llevadera.

El chorro de rublos desapareció el día en que la URSS se hizo añicos al son de los propagandísticos mazazos que echaban abajo el Muro de Berlín. Incluso recordaba cómo la camarera de una cafetería de mala muerte de las que entonces existían en los hoteles le había despreciado el dólar que él le tendía para pagar su « Tropicola » y le invitaba a abonar la consumición con un peso cubano.

Eran tiempos que los más jovencitos de los cubanos casi ya no recordaban. Ahora la Coca-Cola en lata reinaba por doquier mientras el dólar creaba una nueva mentalidad. Estaba harto de que voces autorizadas le chillaran que de este modo se había dividido el país en dos partes muy desiguales, la habitada por quienes tenían dólares y la poblada por quienes sin parientes en Miami que le mandasen un puñado de billetes verdes de vez en cuando tenían que arreglárselas como fuera con sus escasas cartillas de racionamiento y sueldos de unos 300 pesos mensuales (a veintiún pesos por dólar). Estos últimos se habían convertido en campeones mundiales de la picaresca y gracias a propinas de turistas o la venta de cualquier cosa, sin ex-

cluir la prostitución o la mendicidad, conseguían reunir algunos dólares.

El Cadillac verde se acercó cautelosamente hasta el bordillo de la acera donde Luis parecía meditar sobre la película mexicana que acababa de ver y sobre la que al día siguiente mandaría una pequeña crónica para la página de espectáculos de su periódico. El auto era uno de esos milagros tecnológicos que los cubanos habían realizado con una parte del parque móvil que los norteamericanos y los ricachones cubanos abandonaron en La Habana cuando vieron que el barbudo de Sierra Mestra no tenía sobre la propiedad las mismas concepciones que ellos.

Un mecánico enamorado de los carros de los años cincuenta y dos carroceros, con la complicidad de algunos amigos que habían podido traerles algunas piezas indispensables desde Miami, habían resucitado una de las joyas rodantes que quizá condujo el mismísimo Frank Sinatra cuando pasaba largos fines de semana en Las Habana.

El resultado final era un encanto para los ojos de los viandantes. La imaginación de los operarios locales, capaces de reeditar la multiplicación de los panes y de los peces pero sin un solo pez o un solo pan, se había desbordado hasta conseguir un Cadillac más bello que el original, cuyos antecedentes se perdían en un garage de La Habana vieja, transformado en museo, donde podía verse gratuitamente el coche norteamericano que conducía el Che Guevara antes de que los bolivianos mandados por la CIA le crucificaran en una sierra perdida del altiplano de Bolivia. Las ruedas del auto quedaron a escasos milímetros de las puntas de los mocasines negros de Luis.

Era la broma preferida de Anna, una cubana de ojos verdes profundos y morena, hija de un francés de los que habían venido a cortar caña en el entusiasmo de los tiempos gloriosos y de una mulata de Matanzas que le había ayudado a reponerse liquidando muchas botellas de ron. Del padre nada más sabía desde que, encorajinado por lo que consideró una traición de la Revolución – la devota y

unilateral alianza con el comunismo ateo-había decidido regresar a Europa.

A ella, como a Luis, los recuerdos le fastidiaban y solía decir que cada día trae su buena tanda de vivencias como para no necesitar refugiarse en el desván de los desvaríos de tiempos pasados que siempre fueron mejores, al menos en esa imaginación nuestra enfermiza y llena de barro.

Aunque no era nada castrista y criticaba de vez en cuando los « logros marxistas » de una Revolución que en aquellos momentos había convertido cualquier producto alimenticio en una pesadilla para sus compatriotas, reconocía que gracias a esa misma Revolución había llegado a doctorarse en Medicina, actividad de la que se beneficiaban sobre todo sus amigos, a los que atendía como una Madre Teresa cualquiera. Por lo demás, cumplía su « cuota de patriotismo » como decía burlonamente en un dispensario donde tenía una consulta de pediatría. Luis sintió su presencia. Podía olerla a través de las agujas del reloj.

De reojo, como siempre, la miró mientras ella aparcaba el largo automóvil con una cómica precaución. Sus ojos centelleaban de cachondeo en la noche un poco negra pero bastaba con un vistazo para percatarse de que no era lo único bonito que Dios le había dado. Tenía cara de una virgen del Renacimiento italiano y cuando la vista se perdía más allá de sus pechos repletos y orgullosos de sus veintisiete años daba paso a un cuerpo tan espectacular como el Cadillac.

Luis se había enamorado de ella durante una gastroenteritis provocada por un exceso de ron « con rocas » (hielo) ingurgitado bajo 40 grados a la sombra cuando una noche de desesperación buscaba una solución para el fin, ya que el principio había pasado. Pensaba que a sus cincuenta y seis años era el momento de hacerse la pregunta clave : ¿he bajado bien las escaleras de mi vida o voy a tener que volver a subirla para intentar bajarlas nuevamente ?

Hacia un año que la había visto por primera vez con una severa bata blanca en la que se transparentaban sus largas piernas. Unos amigos le habían recomendado que fuera a su consulta para quitarse la resaca y ella le había atendido con todo cariño, aunque considerando que para una pediatra era casi antirrevolucionario atender a « un niño tan crecilito ». Volvió a contemplarla arrobado, como si fuese la primera vez y recordó su primera noche pasada en la estrecha y modesta camita que la Doctora Anna utilizaba para sus guardias. Había sido un flechazo a primera vista, rápido y fulminante.

Y por mucho que sus amigos quisieron ponerlo en guardia contra las amazonas que la policía secreta solía utilizar para poner trampas a los corresponsales extranjeros, se enamoró como no recordaba haberlo hecho nunca. Era una mujer excepcional, físicamente fuera de serie e intelectualmente poco corriente. Era crítica con todo y con todos, incluso con ella misma.

Aunque decía que nunca abandonaría aquellas calles del viejo Vedado, donde los ruinosos hoteles particulares de antaño luchaban por no caerse en pedazos no vacilaba en criticar cuando se encontraba un discurso por oficial que fuese y aunque hubiese salido, ya con menos fuerza y firmeza que cuarenta años atrás, de la misma boca del Comandante. No tenía pelillos en la lengua, lo que en algunas ocasiones le había jugado malas pasadas profesionales y se mostraba igual de mordaz con las crónicas de su novio. Aquella noche estaba deseando verle para darle algunos toques a la que acababa de leer en el periódico belga gracias a Internet.

Mientras aparcaba trató de recordarla con exactitud para rebatirle algunas cosas a Luis, quien temía como a una vara verde aquellas sesiones de crítica e invitación a la autocrítica, porque la muchacha que había mamado en la enseñanza marxista poseía unas disposiciones más que naturales, y en todo caso temibles, para la dialéctica.